



## Los Archivos de la Memoria Marginada.

En algunos textos medievales se habla de Finkenwerder como el lugar donde se encontraban los “Archivos de la Memoria Marginada del Tiempo”, hoy nadie puede precisar geográficamente donde se encuentran. Ahora mismo si consultas el Hamburger Stadtgebiet aparece un lugar con ese nombre. En ese perdido y húmedo lugar, los guardianes de la entrada a la isla eran todos ciegos de nacimiento y sólo después de leerte la palma de la mano con su dedo índice te dejaban entrar, llevándote por escondidas rutas, tras haberte vendado por completo los ojos. Una vez coincidí con uno de esos guardianes que tenía por costumbre darte un coscorrón (Schlang auf den Kopf) en la cabeza y acto seguido se olía la mano; con sólo ese gesto, adivinaba si habías comido alubias con chorizo en la posada del Caballo Negro y entre grandes suspiros te dejaba entrar sin preguntarte nada más. La última vez que visite Finkenwerder fue después de la destrucción de las Grandes Torres, el maestro me había dado un atado de pergaminos y documentos que estaba interesado en que allí se guardasen; junto a los manuscritos de Memnón salvados de la destrucción de Troya, el primer texto conocido de la “Ética demostrada según el orden geométrico”, menologios o almanaques ilustrados con la vida de las diferentes comunidades de gallinas que en el campo y la ciudad habitaban, restos de las bibliotecas de Constantinopla y Córdoba, y entre tantas y raras memorias marginadas, los manuscritos de Celso o Kelso que yo estaba interesado en leer de nuevo. ¡Qué pobres somos! Tampoco hoy se recuerda nadie de éste filósofo griego que le tocó vivir tiempos de fanatismo como los actuales.

Todo en la vida está predispuesto a cambiar en cualquier momento, y claro está que cambia, pero raras veces para mejorar. En esos días la ansiedad y el miedo se despertaron de nuevo en muchos lugares de la tierra, ¿si pudiésemos ver más allá? -nos preguntábamos-. La fe en el hombre nos había mantenido los últimos treinta años compartiendo la vocación por el estudio en las montañas, inclinados hacia los conocimientos que conducen a la liberación y no al poder. Algunos de los nuestros, aprovechándose de las primeras lluvias del otoño, ampliaron de inmediato el tamaño del huerto, pensando en los refugiados que buscarían en la sierra un lugar seguro para sus vidas, y sembraron nuevos bancales de patatas y verduras de invierno. El encargado de la farmacia hizo nuevos semilleros de plantas para sanar heridas de guerra. Repasé uno a uno todos los encargos que me habían dado; me alegraba de regresar de nuevo a los mismos lugares donde había pasado parte de mi juventud. Jamás me había acompañado un cielo tan oscuro durante todo un viaje. Desde la tarde en que perdimos de vista la ciudad de Lisboa, pasaron justo cuatro semanas, y llegamos a contar hasta siete grandes ríos para poder llegar a la desembocadura del Elba. A la altura de Finisterre izamos como bandera ese ojo amenazador que todo lo ve, y que es símbolo de la gran alianza Justicia Infinita.

Al igual que amas a las mujeres que alguna vez te dejaron que te perudieses entre su alma y su cuerpo, algo parecido sucede con ciertos países y ciudades: te enamoras de aquellos cuyos caminos, calles o ríos te indujeron a perderte en su seno. A medianoche arriamos velas y remamos un buen tramo hasta llegar al puente que llaman Teufelsbrück que une el embarcadero con tierra firme. Allí nos sorprendió la mañana. La posada del Caballo Negro nos daba la bienvenida con el humo familiar de sus chimeneas y ese olor mezcla de café y panceta de cerdo asada. En tierra junto a una tinaja de salazones de atún del golfo de Cádiz, un fardo con los manuscritos que me habían encomendado guardase en Finkenwerder envueltos en telas bordadas, higos secos de Sierra Morena, dátiles y unos vinos de las riberas del Duero que el posadero nos había pedido le lleváramos. Ya en el puente nos llamó a todos la atención de que Bazy el vigilante no hubiese tocado su cuerno anunciando nuestra llegada.

Bazy decía haber nacido en la isla de Ormuz en el golfo Pérsico y desde tiempos inmemoriales, su familia se dedicaba a guiar a los barcos que se adentraban por tan sinuoso estrecho, haciendo sonar unas enormes tubas o trompetas hechas de fino cobre, recubiertas de piel de cabra. Los marineros como si fuesen cantos de sirena se dejaban llevar sin contratiempo alguno. Bazy –mente inquieta-, quiso conocer de cerca “el arte de la fuga” y emigró hasta esta ciudad hanseática en tiempos de Friedrich Barbarossa. En las inundaciones que hubieron y que en la memoria triste de la ciudad recuerdan como “las de Pentecostés”, la niebla se adueño durante semanas del río y de la ciudad, y Bazy con su tuba de piel de cabra dio entrada y salida a todos los barcos que lo necesitaron, con tan buena suerte, que el conde Adolf III von Holstein le nombró vigilante del puente, con derecho a dos comidas calientes al día y a ropa de invierno. En verano eran famosos sus conciertos de tuba al aire libre. Hasta que: “Hace dos semanas –nos dijo la posadera-, fue confundido con un afgano y tuvo que huir para no dar con sus huesos en la cárcel. Era una trompeta tan cumplida, que ahora no hay ni buenas tardes ni buenos días”.

Cuando más pretendemos constituirnos una existencia distinta, tanto más incomprendidos y vulnerables nos volvemos. Los días pasaban inexorablemente y aún tenía que poner a buen recaudo todos los legajos que había traído conmigo y que eran el trabajo de muchos años, y la curiosidad por leer y de tocar con mis propias manos, aquellos manuscritos que un día pertenecieron a Celso, titulados, “El discurso verdadero contra los cristianos”, aquellos fanáticos que en el siglo II terminaron con muchas de las libertades de la democracia griega: “Responderéis que Dios fue enviado para los pecadores. ¿Porqué no fue enviado también para los que no pecan? ¿Qué mal hay en estar exento de pecado?” Como enmudecí durante días la primera vez que el maestro Abenmassarra nos leyó estas palabras; o aquellas otras que ahora recuerdo, tan de actualidad, y que son la base de toda la filosofía de Celso: “Una jerarquía de espíritus serán los encargados de restablecer la continuidad rota por el radical dualismo del bien y del mal”.

Cuando la niebla se levantó un poco pude ver las aguas del río como bajaban tranquilas. El fuego de la chimenea era avivado una y otra vez por el posadero, que esa mañana parecía estar preocupado: “¿Usted no se levanta nunca –me dijo-, con un zumbido detrás de la oreja, cómo avisándole de qué algo raro va a pasar?” Alguien en la cocina se puso a cantar y los que ese día estábamos hospedados en el Caballo Negro nos alegramos al oírlo. Los barcos que navegaban río abajo se veían desde las ventanas; los viajeros de tierra adentro se asomaban curiosos. La mesa que había preparado la dueña de la casa y su hija para el desayuno, era digna de un rey. Contra el muro de la puerta las pertenencias de Bazzy, su tuba, un baúl con partituras y su ropa de invierno que no había tenido tiempo de estrenar; a alguien de la casa se le había ocurrido que lo guardásemos en los Archivos Marginados del Tiempo. Cada uno de los comensales saludó dando su nombre, pero ninguno preguntó, ¿de dónde vienes y a dónde vas? ; sólo el acento de su voz delataba su lugar de origen. El paté de oca fue celebrado por todos. Cuando tendimos las manos para despedirnos, el sol ya corría por el puente y el embarcadero.

A veces una lengua de arena adornada con un bosquecillo de álamos y abedules puede embellecer a un río; así era Finkenwerder. Una voz nos anunciaba que podíamos bajar de la barca y después de que uno de los vigilantes ciegos de la isla nos leyese la palma de la mano, nos vendaron los ojos y nos adentramos por un paisaje desconocido y lejano: La casa permanecía sola en medio de un extraño y luminoso bosque. Nos cogieron el equipaje de la mano, y Urbano, que así se llamaba el ciego que añoraba las comidas del Caballo Negro, se acercó a mí para darme un coscorrón en la cabeza; me abrazó, susurrándome al oído algo que no he llegado nunca a entender: “Han de pasar mil años hasta que cada viajero no tenga que ocultar su equipaje”.

No fueron gansos que volaran hacia el sur en el otoño tardío lo que se cruzó por el cielo; fue algo que dejó una estela de fría sobre la isla. La oscuridad se hizo tan de pronto que apenas tuve tiempo de buscar leña y encender un fuego con que iluminarnos. Me puse a resguardo del viento y tanteé el puñal que colgaba de mi cintura. Era una libélula enorme de color rojo que volaba muy alto. Las puertas del edificio se cerraron de repente quedándome fuera. Una fina lluvia caía sobre la isla reblandeciendo la tierra. De los brillantes y enormes ojos de aquel extraño animal, caían lágrimas; pude verlo. Pasaba volando una y otra vez; y sin moverme, apagué el fuego que había a duras penas encendido. Vi como sé posaba sobre los tejados de la casa y el bosque; como con una de sus patas abría una gran brecha, que pronto inundaron las aguas del río. Aquel animal daba muestras de sufrimiento por la expresión de su cara. De sus alas transparentes salió una luz, y todos los árboles de Finkenwerder –que andaban metidos en otoño-, en las aguas del río, todo, se llenó de flores azules que parecían estar hechas de escarcha. Se hizo de día, mientras de uno de sus ojos caía una última y enorme lágrima; la casa como un gran barco se perdió río abajo. Desde entonces las aguas del río Elba bajan turbias y no dejo de recordar la expresión de tristeza que vi en aquellos ojos. Ahora cuando voy por los caminos, miro al cielo y pregunto a las libélulas que en verano encuentro por las orillas de lagos y ríos, si han visto a su señora madre.

Me contaron unos marineros portugueses que venían de Goa, que en su camino encontraron con una isla flotante, con miles de pájaros volando a su alrededor, mientras una trompeta, que más parecía sacada del cielo, avisaba de su presencia; no sé porque, me acorde de Bazzy y de los manuscritos de Celso que nunca pude leer.